

# Panorama Cultural

## Julio Verne

Saint-Germain-des-Press acaba de descubrir a Julio Verne. Llama la atención que no lo haya hecho antes. Después de rendir homenaje a los precursores del surrealismo y a los profetas del existencialismo (Lautréamont, Jarry, Apollinaire, Artaud, etc.), era justo que reconociera entre sus penates a Julio Verne, pre-existencialista en el sentido más elevado y poético del término, es decir, prefigurador de realidades — y no de las menos trascendentes — y viajero de lo desconocido. La Librería La Hune nos invita desde sus escaparates a entrar y olvidar la calle. ¡Oh infancia! Allí nos encontramos a los héroes de "Veinte mil leguas en viaje submarino", "Miguel Strogoff", "Cinco semanas en globo" y las cien novelas en que su autor nos llevó tras de él, disfrutando de Correo del Zar o Fileas Fogg, a través de continentes y océanos, salvándonos de mil temperaturas y asechanzas, horadando la tierra para conducirnos a su mismo centro y disparándonos en fabulosos cohetes hacia los volcanes de la Luna.

Pero ¿quién es ese hombre de grave y despiado semblante, holda levita y napoleónica apostura, que contempla solemnemente el horizonte desde el puente de un navío, junto a una masa plegable llena de planos y catalejos? Julio Verne a los treinta y cinco años, inmortalizado por Riou, su mejor ilustrador, cuando comenzaba su interminable periplo novelístico por aire, mar y tierra desde un confortable sillón. Porque lo insoportable fue el periplo sedentario de Julio Verne, cuyo mayor viaje fue de El Havre a Nueva York, ida y vuelta en lujoso transatlántico.

Mas sigamos visitando la exposición de La Hune. En una vitrina vemos acotadas estas palabras que Verne pone en labios de Bennett: "Hay que disecar, Juan Last, hay que disecar. Hoy no se puede escribir con la pluma sino con el bisturí. Cada acción en la vida real es la resultante de sentimientos fugativos y sucesivos, que hemos de descomponer con sumo cuidado para crear un ser vivo." ¿Puede haber mejor definición de lo que pretende la novelística actual?

Las otras intenciones sombrias de Verne nos las recuerdan grandes reproducciones fotográ-

ficas de las ilustraciones de sus libros: la caza submarina, la bomba atómica, la espeleología, la televisión, los Y2, la fuerza motriz eléctrica, la bomba de aire líquido, la utilización de la energía térmica del mar, el micrófono, el altavoz, el tanque, el rascacielos, la publicidad luminosa sobre las nubes, la astronáutica, el autogiro, el aparato de bombardeo radio-dirigido, etcétera. Verne se pasó la vida inventando, con una actividad inverosímil, casi patológica, maníaca de la invención.

Ningún autor ha gozado en vida de una mayor y más prolongada popularidad que la de Verne. Aún hoy en día encabeza la lista de autores franceses de mayor tirada mundial, precediendo a Mérimé, Hugo, Maupassant, Dumas y Simenon. Su influencia corre parejas con su fama. El almirante Byrd ha declarado: "Sin Julio Verne, nunca hubiera pensado en explorar los polos."

Cuando Miguel Strogoff fué montado en el escenario del Chatelet, París se vistió con motivos tártaros y ese año millares de niñas francesas fueron bautizadas con el nombre de Nadia. En esa época se sirvieron en el Café de París los primeros "steaks trañeros". Así Julio Verne ha influido hasta en la cocina, compitiendo con Chateaubriand en reputación culinaria-literaria.

Al iniciarse la publicación de "La vuelta al mundo en ochenta días", las grandes agencias noticiosas inauguraron un servicio para transmitir por telegrafo las entregas de la novela, y las compañías de navegación, cuando supieron que Fileas Fogg se disponía a cruzar el Atlántico de Norteamé-

rica a Europa, ofrecieron a Julio Verne cuantiosas sumas para que su inmortar personaje se embarcara en algunos de sus buques de línea. Verne prefirió que Fileas saltara en un cargo de ocasión y naufragase en la rada de Southampton.

El viaje de Fogg en ochenta días despertó la emulación de una señorita neoyorquina, Miss Bly, que logró batir en tres días la marca de aquél. Otro norteamericano, un excéntrico coronel, emprendió la misma aventura, viniendo por 216 horas a su compatriota y por 12 días a Fileas Fogg.

La apoteosis de Julio Verne fué su jira mediterránea. En Argel la muchedumbre le llevó en andas; en Túnez, el rey puso a su disposición su tren especial y envió a su encuentro mil tamboriles.

Quisiéramos quedarnos más en tu compañía, Julio Verne, que nos acompañaste en tantas veladas familiares y que sigues acompañando a los niños y muchachos del mundo entero. Quisiéramos... Hoy, que te hemos recordado, nos quitaste veinte años de edad... Somos veinte años más jóvenes. ¡Ojalá que nuestra juventud fuera tan impecable como la tuya! (UNESCO).

## La actual revolución en las ideas astronómicas

En mi artículo acerca de los acertados trabajos de Guillermo Haro, de Tonanzintla, dije que la astronomía contemporánea se encuentra sufriendo una revolución en sus ideas debido a la aparición de las cámaras astrográficas Schmidt. Me propongo hacer ver un aspecto de esta crisis, y para ello necesito comenzar por establecer la diferencia entre la Schmidt y los demás instrumentos astrográficos. La diferencia es sencilla. La Schmidt fotografía campos grandes en cortas exposiciones y, provista de un prisma objetivo, pue-

de obtener millones de espectros en muy poco tiempo. Los otros instrumentos tienen campos chicos, muy chicos, y fotografían los espectros de uno en uno en largas exposiciones. Como generalmente se sirven de varios prismas, obtienen una dispersión muy grande, pero quedan limitados a trabajos con las estrellas brillantes. Se hallan en las condiciones de un barrendero que tuviera que recoger confeti, pongamos por caso, de un solo color, sirviéndose de un alfiler por toda herramienta; confeti esparcido en todo el centro de la ciudad. Que la comparación no es excesiva, nos lo muestran estos hechos. El 100 pulgadas del monte Wilson y el 200 del Monte Palomar, fotografían un campo de 10 minutos de arco; es decir, 31 minutos cuadrados. El cielo tiene más de 40,000 grados cuadrados y cada grado tiene 5,600 minutos cuadrados. La cámara Schmidt de Monte Palomar fotografía un campo de 36 grados cuadrados. La de Tonanzintla, 25 grados cuadrados. Pero como la de Tonanzintla tiene prisma objetivo y la de Monte Palomar no lo tiene, la nuestra es, hoy por hoy, el instrumento más eficaz que hay en el mundo.

Antes de las cámaras Schmidt se aceptaban los resultados de los grandes reflectores. Era lo único que había. El más impresionante de estos resultados y que fué el hijo legítimo del 100 pulgadas de Monte Wilson, es el fenómeno conocido como *expansión del Universo*. Los espectros de las galaxias tienen corridas las rayas hacia el rojo, lo cual se interpreta como una velocidad de escape o alejamiento.

Las galaxias, como es sabido, son objetos formados por organizaciones discoidales de estrellas con cerca de 200,000 millones de estrellas, equivalentes a nuestro Sol cada una. Hay, ciertamente, más galaxias en el cielo que estrellas en una galaxia.

Una cosmogonía que tenga que dar cuenta de la expansión del Universo, es muy difícil de hacer. La teoría einsteiniana de la relatividad, fué el apoyo de los cosmólogos. Los relativistas son por regla general grandes imaginadores de posibles modelos del Universo. Pero, para que una teoría relativista resulte viable, es necesario que dos grupos de datos de observación le sean dados y que estos dos grupos de datos cumplan ciertas condiciones necesarias.

El primer grupo es, naturalmente, el dato espectroscópico que da la velocidad de escape. Pero este grupo de datos tiene que estar ligado a las distancias de las galaxias. La situación en que hoy se

MUEBLES  
Metálicos  
Seccionales

PRODUCTOS  
**DELHER**  
DE CALIDAD

CONVIERTA SU COCINA EN UN RINCON BELLO Y AMABLE...!

encuentra este grupo de datos, por lo menos, precaria. En efecto, la relación de la velocidad de escape con las distancias debe ser tal, que a mayores distancias resulten mayores velocidades. Se había venido trabajando sirviéndose de una ley encontrada por Hubble con el instrumento de 100 pulgadas. Esta ley, que es sencilla en sí, requiere otras que ya no lo son, tanto como la llamada función de luminosidad. La función de luminosidad es una expresión analítica que describe esta situación. Hay una determinada luminosidad alrededor de la cual el número de galaxias es mucho más grande. Las galaxias, o más brillantes o más débiles, son en números pequeños. En otros términos: con la luminosidad más frecuente y con la dispersión alrededor de ella, basta para seguir adelante. Es decir, el número de galaxias de cada luminosidad pasa por un máximo en determinado valor. Pues bien, en estudios cuidadosos hechos con la cámara Schmidt de Monte Palomar en el Cúmulos de la Cabelera de Berenice, resultan dos cosas: primero, que la función de luminosidad no puede representarse por una curva que tenga un máximo en determinado lugar, lo cual es en sí preludio de catástrofe teórica; y segundo, que, además, haya un fenómeno llamado segregación, en cuya virtud las galaxias más brillantes quedan en el centro y las demás pasan a los contornos. Estos son fenómenos que los telescopios de campo pequeño no advierten.

El otro grupo de datos necesarios es el del número de galaxias por unidad de volumen a distancias del Sol. Este grupo de datos tiene que ser tal, que la densidad del Universo resulte muy pequeña. Pero los nuevos estudios revelan que no es así. La densidad media en el Universo es diez mil veces más grande de lo que se estimaba. Todo esto hace que las conclusiones que se creían firmemente establecidas hace apenas unos cuantos años, estén ahora en los umbrales de una revisión drástica, y que el problema de construir con los datos que se tienen un buen modelo de Universo, haya entrado en crisis. Es muy significativo que sean los astrónomos de Monte Wilson y Monte Palomar quienes vuelven a hablar de que el Universo sea quizás, en fin de cuentas, estacionario, y que el corrimiento de las rayas de los espectros de las galaxias deba interpretarse no como una velocidad de escape, sino de alguna otra manera, hasta hoy no conocida.

LEON VASARI, en *Estelion*, México, D. F.

### Leonardo o la revancha de la pintura

En este quinto centenario del nacimiento del Vinci, ¿cuántos, entre los que universalmente lo conmemoran, recuerdan que, al autor de La Gioconda, la labor que menos desvelos le causó fue la pictórica?

Sí, nadie ignora lo polifacético de su genio y, quien más quien menos, con motivo de esta obligada celebración, ha sacado a colación la famosa carta a Ludovico el Moro, en la cual, después de una larguísima enumeración de los trabajos que podía realizar "como constructor de puentes móviles, de carros de guerra; como constructor e inventor de máquinas de guerra e ingeniero perito en el arte de las fortificaciones, defensa y asedio de ciudades", añadía, casi a manera de post-scriptum: "También, ejecutaré en escultura, y también en pintura, cualquier trabajo, en paridad con quien sea". Con todo, son los menos los que, al evocar tan célebre epístola, recuerdan que, al escribirla, Leonardo había cumplido la treintena, edad que por entonces era ya la madurez. Y que había pintado sus grandes lienzos de Florencia. Pero él se decía, ante todo, ingeniero y arquitecto.

Su primera obra de pintor, ya emancipado de la disciplina del taller del Verrochio, fué un cartón para un tapiz que los florentinos

le obsequiaban al rey de Portugal, y que había de tejerse en Flandes. Representaba el Paraíso con Adán y Eva. La última, exactamente no es posible decir cuál fué: no se decidía nunca a dar ninguna por terminada, y si bien resulta excesivo repetir con Vasari (¡Vasari, el más fantástico de los historiadores y cuentistas!) que el retrato de Monna Lisa tardó cuatro años, no deja de ser verdad que la realización de las pinturas del Vinci se extiende, para casi todas, a lo largo de casi toda su vida. Pero, ¿qué podía significar una pintura, para la mente embargada por proyectos como los que nos quedan en los álbumes de apuntes de la Ambrosiana de Milán, o de la Biblioteca del Instituto de Francia? Llevar a cabo el "gran pájaro", o sea descubrir las leyes de la aviación: reconstruir Milán con vías tan anchas como la altura de las casas, y otras tantas vías subterráneas que aligeren el tránsito y un sistema perfecto de aguas corrientes, o sea, planear una ciudad anticipándose a las exigencias del urbanismo moderno; o planear canales para unir Milán con los lagos suizos, o convertir en tierras fértiles las marismas de la Boluña, para el hombre de ciencia enfrascado en sus experimentos e investigaciones, eran empresas harto más trascendentes que el responder, como pintor, a la admiración del joven Rafael. Y, sin embargo, en la vida del

sabio eternamente solitario, eternamente incomprendido, no obstante los sucesivos —¡cuán pesados a veces!— mecenajes, el arte era el incansante acudimiento. Sus contemporáneos podían admirar en él, más que nada, la invención del artefacto que permitía elevar, como por milagro, sin cuerdas ni poleas aparentes, la reliquia del Santo Clavo, y el Sforza agradecerle, por sobre todo, esos tubos acústicos "secretos", que le permitían oír lo que se decía en las distintas piezas del palacio; lo que a Leonardo le hacía de pronto dejar cualquier tarea, echar a correr, con lluvia o con canícula, era la necesidad inaplazable de corregir un rasgo, una sombra, un toque de luz, en una de las figuras del "Cenacolo". Dos o tres penciladas; una hora, o un par de horas de meditación, y ya regresaba tranquilo a sus cálculos, a sus números y a sus mediciones.

"Un artista que no duda es mediocre... El verdadero artista sólo debe proponerse gustar a los elegidos... El pintor debe tratar de ser universal... El que desprecia la pintura, desprecia la filosofía y la contemplación inteligente del mundo... Todo lo que existe ha nacido de la Naturaleza y ha dado origen a la pintura... El "Tratado de la Pintura", línea por línea, nos explica al Leonardo que, antes de pintar un cuerpo, estudiaba como médico su anatomía, y que arriesgó en pruebas de procedimientos técnicos se perdiera su fresco magno de la Batalla de Anghiari, que había de darle el triunfo sobre Miguel Ángel. Mas la pintura era la que, a la postre, se imponía.

Cierto que, en la obra de quien, por coincidir su nacimiento (apenas un año antes), con la caída del imperio bizantino, que señala históricamente el inicio de los tiempos modernos, parece, en su insaciable curiosidad, símbolo cabal de la nueva era; fué, la del arte, la especulación que menos tiempo le llevó, y que sus frutos, ya de por sí relativamente escasos, en gran parte se han perdido. Cierto que los visitantes del rey de Francia, que éste se complacía en llevar a ver al "maître Leonard" regiamente hospedado en el pequeño castillo de Clos-Lucé, vecino de su grandioso castillo de Amboise, antes que del "San Juan" y de la "Gioconda", que allí se encontraban, se maravillaban de "las raras máquinas" del florentino. Y cierto, en fin, que hoy no hay emoción que sobrepase la de hojear esos dibujos, premisas, con varias centenas de adelantos, de algunas de las más grandes realizaciones de la ciencia de nuestros

# ELLA

ESTA TRABAJANDO  
PARA  
SERVIR A USTED  
MEJOR



¡NUEVAS MANOS SE ENGAN A NUESTRO ESFUERZO!  
Estas nuevas técnicas le brindan el contacto que su vida de trabajo y relaciones requiere.

¡Pese a las dificultades que se presentan en todo el mundo, por la escasez de materiales, nuestro propósito va cumpliéndose con la ampliación de las centrales y la incorporación de nuevos puntos a la red telefónica.

Durante los dos últimos años, hemos instalado 27 nuevas centrales en la República.



Hacemos todo lo posible por servirle  
**TELEFONOS DE MEXICO**  
E. U.

días. Pero, es Monna Lisa, devoción del hombre que no tuvo amor para ninguna mujer; es "La Cena", en que el artista, que hubo de defenderse de la acusación de herejía, estereotipó la figura del Redentor; son esas creaciones de su inspiración genial de pintor, las que hoy, a la vuelta de cinco siglos, nimbán con luz inextinguible el nombre de Leonardo de Vinci, ante la admiración de muchos que desconocen que fue la cima de la humanista inquietud de saber.

MARGARITA NELKEN, en *Ejecutor* MEXICO, D. F.

#### La última ilusión

¿Somos libres? A esta pregunta formulada desde que despertó la razón por muy serios y profundos filósofos, contesto yo todos los días al levantarme, poniendo en el suelo el pie izquierdo o derecho, según mi anteojo o fantasía. ¿Quién habrá de impedirme que adelante una u otra extremidad, para adoptar la posición bipeda, que los galardón del hombre? Pues acostados, además de dormir, hacemos muchas y variadas cosas, algunas con cortejo de deleite y sombra de desilusión. La actividad fecunda del trabajo requiere el estado vertical; y a manera de transición, para cultivo del espíritu y determinados oficios, nos sentamos pacientemente, en espera que surjan las ideas, a fin de darlas cauce por la pluma, o nuestros industriosos dedos crean pequeños y grandes mundos, que nos ayudan a mejorar aquel en que vivimos.

Esta conciencia de mi libertad que demuestro con los pies al despertar, me da ánimos para uncirme al yugo del trabajo, sin bovina resignación. Cuanto hago tiene por noble y metafísica causa mi propio albedrío; y aquello que cae sobre mí, a manera de lluvia, las decepciones e infortunios, aunque de origen oscuro y desconocidas intenciones, lo acato como homenaje que es forzoso rendir a la fatalidad.

Por ambicioso, no me conformo con sentirme dueño de mi libertad, al salir del sueño. Cuando la fatiga me acerca a él, al declinar de la jornada, rodeado de silencio, a la tenue luz de la lámpara, confidente de mis ratos de meditación, ensueño y melancolía, me es grato buscar una prueba más de la salvaje independencia de mi voluntad; ésta no se demuestra con los pies, sino con las manos. Frente a la biblioteca, única riqueza que poseo, y no es mía, puedo extender el brazo derecho o izquierdo, para alcanzar el libro de mi elección y simpatía. ¿Quién habrá de obligarme a que lea una égloga de Virgilio, en vez de una oda de Hora-

cio? Porque en esos momentos en que la duda de escoger éste o aquel autor nos ofrece íntimos y delicados placeres, nuestros deseos de saber o ansias de goce chocan con suavidad en el escenario de la conciencia. Una lucha se entabla; es el instante en que nuestra decisión es soberana o parece serlo, y el libro obediente y sumiso abre sus páginas a nuestra curiosidad.

"Discurso de la Esclavitud Voluntaria." Este título se halla henchido de sugestiones y lejanos recuerdos. Apenas podríamos precisar la fecha y el lugar en que lo leímos. Quizás en los años mozos y a orillas del Sena, en un jardincillo a la sombra de Nuestra Señora de París, donde lo gótico de su arquitectura encendió el genio romántico de Victor Hugo. Entonces el libro tenía un interés filosófico, sin contacto alguno con la realidad. ¿Podía concebirse en aquella época que hubiese esclavos voluntarios? La primera guerra aún no había desgarrado a Europa; se creía en la democracia, en el socialismo, en el progreso indefinido del hombre, hacia una república de las almas.

¿Y ahora? ¿Qué impresión habría de producirnos su lectura? Desde luego su título ya no nos causa extrañeza. Pueblos enteros han forjado sus cadenas y el instinto rebañego florece con exuberancia tropical. ¿Y el tirano? ¿No era un ser de leyenda tan lejana que confinaba con la mitología? Su perfil griego o romano, de ave de presa, se desvanecía en el horizonte del pasado, envuelto en las galas del ocaso; un tema de Historia, un motivo de discurso político, un pretexto de erudición. ¿Y hoy?

A medida que nos adentrábamos en su lectura, este pequeño libro escrito en honor y alabanza de la libertad contra la tiranía, parecían que acababa de salir de la imprenta; tales eran su actualidad, lozanía, la vehemencia de sus imprecaciones y lo elevado y certero de sus juicios. Dos sentimientos lo animan: el amor a la justicia y el odio al despotismo. Su joven autor proclama la libertad de los hombres, e interrumpiendo sus estudios de los clásicos y testigos del doloroso espectáculo de las guerras de religión, medita sobre las palabras de un cronista de su patria: Entonces se vio cómo los príncipes tienen largas las manos, y cómo los golpes que hieren, por la multitud de brazos que disponen, son seguros e inevitables.

¿Mas cuántos ojos tiene el tirano para espírnos?, se pregunta el joven estudiante. Dos como nosotros. ¿Cuántos oídos para sorprender nuestras quejas y agravios? ¿Cuántos brazos para asesinarnos?

## Con recursos propios, Petróleos Mexicanos ha dado cima a su programa

Es cierto que la Industria Petrolera requiere inversiones de enorme consideración que, por su magnitud pudieran parecer obstáculos difíciles de superar, pero también lo es que si se maneja debidamente, multiplica generosamente sus rendimientos. Es por esto que la fe y la decisión son muy importantes: la historia de nuestra Institución ofrece muchos ejemplos que lo demuestran. Merece citarse, entre otros, el caso de la Refinería de Salamanca. Cuando se tomó la decisión de llevar adelante la ejecución de la obra exclusivamente con los recursos propios de Petróleos Mexicanos, los ingresos normales en ese momento se prevenían no permitían atender los pagos necesarios. Pero el señor Presidente de la República tuvo fe en el progreso de Petróleos Mexicanos y autorizó la obra. Esta fe se vio recompensada por el aumento en los ingresos de la Institución que permitieron terminarla con total felicidad y dentro del plazo programado. Otro hecho es igualmente ilustrativo: es del conocimiento público que en el año de 1949 se emprendieron gestiones en los Estados Unidos, a invitación expresa del Comité de Comercio Exterior del Congreso de ese país, para obtener un crédito destinado a la Industria Petrolera. El crédito, ofrecido en condiciones distintas a aquellas sobre las cuales fue planteado, se rechazó finalmente por nuestro país: pero el programa que para la utilización del crédito se preparó entonces, para un período de 5 años, ha sido realizado hasta la fecha y aun superado en muchos aspectos sin necesidad del proyectado empréstito contando exclusivamente con los recursos propios de Petróleos Mexicanos.

Los mismos que nosotros. Somos nosotros, es nuestra cobardía la que crea el tirano, pues le prestamos los medios con que nos oprime. Para emanciparnos de la tiranía basta con no hacernos cómplices de ella, no suministrar los medios de perpetuarse. Es con el auxilio de lo que le cedemos, es su tirano, y con la fuerza aislada de cada individuo, nos avasalla a todos.

He aquí una admirable lección de este estudiante que se llamaba Etienne de la Boetie. No obstante su viva actualidad, es vieja de más de tres siglos, pero sus enseñanzas seolidaron para oprobio y desgracia nuestra. Luego fue magistrado en Burdeos, amigo tierno de Montaigne y compuso inspirados versos en latín y en francés. Murió como un sabio por su estoica serenidad, al naufragar en el reino de las sombras.

Hemos vuelto a colocar el libro en su estante, no sin cierta emoción, con la melancolía de una despedida. Y tal como marchan los sucesos, que tejen los hombres, es posible que en días cercanos, para sentirse libres, tengán, como yo, que decir qué pie pondrán primero en el suelo, al despertar. Tal vez sea la última ilusión de libertad que quede, pues los libros, por enemigos de la tiranía, esparrarán

su ceniza a todos los vientos, mientras se escuchan aún lejanos los ruidos de los cuatro Jinetes del Apocalipsis, que galopan con furor sobre la tierra.

RAPHAEL SÁNCHEZ DE OCAÑA, en *El Nacional*, México, D. F. 23 marzo 1952.

#### El México que ríe

La risa y la muerte, en México, son inseparables compañeras. Siempre recordaré mi visita a una aldea del Estado de Michoacán, en el día de los muertos. Jamás había visto a mexicanos más alegres. La conmemoración de esa fecha era un verdadero regocijo de buen humor, un auténtico carnaval de la muerte. Para el consumo de los turistas americanos que asistían a presenciar la celebración de la fiesta, los indígenas colocaron, iluminada con electricidad, esta terrible inscripción: "NOCHE DE MUERTOS. ¡SEAS BIENVENIDOS!" La banda de música municipal amenizaba el espectáculo tocando *La Traviata*, en el atrio de la iglesia, engalanada con adornos de papel multicolor.

La risa mexicana no estalla, verdaderamente, más que al aire libre, bajo los rayos del sol, a la claridad de la luna y de la violencia; al influjo de la fiesta se produce con brutales y contradictorias tonalidades.

"Nada es más alegre que una fiesta mexicana", escribe el poeta Octavio Paz, "y a la vez de más triste. La fiesta nocturna es también uno de duelo." La muerte y la risa son hermanas.

La "Noche de Muertos" es, en efecto, la gran fiesta del alma mexicana. Los niños reciben como juguetes: esqueletos, féretros, entierros en miniatura, y como golosinas: calaveras de azúcar con su nombre a colores. En los escaparates de las pastelerías se vende "el pan de muertos", ornado con tizas cruzadas; las danzas son de tipo bufomacabras.

En esta fecha, en todo México es de buen tono enviar a los amigos y parientes sus calaveras, que consisten en pequeños epitafios o epigramas.

Cautística y sentido humorístico-trágico del "corrido", la queja universal de México, semiepopéyica, sembrada. En el de Rosita Álvarez, la chica que mató su novio porque rehusó bailar con él, se encuentra este admirable sentido de moralidad (estuve por escribir mortalidad):

*La noche que la mataron  
Rosita estaba de suerte,  
de tres tiros que le dieron  
nomás uno era de muerte,  
nomás uno era de muerte...*

Los arranques líricos con la guitarra entre dos improvisadores son en forma de duelo, que en México todavía se acostumbra. Pero cuántas veces la risa se convierte en mueca y el machete o la pistola reemplazan a la guitarra!

El cambio de instrumento nada significa: la canción continúa siendo la misma. Para un pueblo que no conoce los límites entre la vida y la muerte, entre la risa y la violencia, no hay más que un paso.

En las exploraciones arqueológicas se han encontrado, al lado de efigies crueles de dioses sanguinarios, figurillas de tipo bufón y máscaras sonrientes. Quizás es esto este la explicación: la risa del mexicano no es más que una de sus máscaras que disimulan su infinita soledad. El viajero aprende a conocer estas máscaras, subiendo, paso a paso, los escalones de este país de alturas escalonadas. Los geógrafos aseguran que la altura produce los mismos efectos sobre la vegetación que la latitud; y que si se asciende demasiado alto en la región ecuatorial, se encuentra allí la misma flora que en Groenlandia. Igual acontece con la risa en México: los habitantes de la costa son meridionales, y los del altiplano, a dos mil metros de altura, son nórdicos.

En Tampico, Veracruz, Puerto México y Campeche se oye la risa del "costeño", de dientes blancos,

de boca ancha y labios protuberantes, como si el negro, vecino de las Antillas, hubiera allí dejado algo de su alegría infantil. Todavía me parece oír el eco de la risa de un marinero en las glaucas aguas del Papaloapan — que contiene animales tan voraces como peligrosos —, armado de un pañuelito, meticolosamente achicaba el agua de una fuga que brotaba del fondo podrido de la lancha; y cuando lo exprimía en la imposable corriente del río, reía y reía a más no poder, dirigiendo la vista hacia donde yo estaba, desbordante de alegría. Contagado de su risa, también me eché a reír, olvidando hasta el principio de los vasos comunicantes.

El Presidente Alemán, famoso por su sonrisa, es de Veracruz, y también lo es el mejor caricaturista y el más conocido de los cronistas humorísticos. La historia veracruzana, la que se cuenta bajo los ventiladores de los portales, entre dos "menúes", es prima de la marsellesa.

Unas cuantas horas de viaje en automóvil por las carreteras que serpentean las montañas, y repentinamente se respira un aire ligero y puro de altiplano. El verdadero México está aquí. En las aldeas, con el semblante inalterable, el indio lo ve a uno pasar con una mirada dura y negra, que Lawrence

comparaba a la punta de un puñal de obsidiana.

En las ciudades, México se complace en mostrar su cara de país nuevo, en pleno auge industrial y de esfuerzo revolucionario. Raramente los países nuevos tienen sentido humorístico: nunca se ríen de sus instituciones nacionales; nuestro sonriente escepticismo administrativo les es desconocido. Hace ya varios años, se filmaron dos películas cómicas en México: una presentaba en la escena a la policía y la otra al ejército. Los productores tuvieron la precaución de anticipar, bajo protesta de decir verdad, que la escena podía tomarse en cualquier país y que la policía y el ejército mexicanos para nada intervenían; que su respeto a estas patrióticas instituciones era inequestrable.

En suma: no creo que haya un soldado cómico en México, y si lo hubiera, no llevaría el uniforme mexicano.

Solamente en los países nuevos se tiene respeto por su Historia. Si a nosotros nos place divertirnos de nuestros antepasados galos, haciendo chascarrillos con el nombre de Pepino el Pequeño, a nadie aconsejaría que bromeara con los mexicanos sobre temas similares. (Y el francés deberá especialmente tener presente que aquí fue derrotado su ejército en el año 1862.)

En una palabra: son las instituciones, particularmente, lo más nuevo que hay en México. La raza es antigua, tiene toda la finura, toda la malicia de un gran pasado; dicho en otra forma, si se respetan las instituciones, menos respeto se tiene por los hombres. El policía, en el lenguaje vernáculo, es el "mordelón". Se le achaca como broma popular, que cuando se presenta en el lugar donde se ha cometido un crimen o en el de un accidente, los muertos mismos se levantan para poner a salvo su cartera.

El héroe preferido de la risa y de las lágrimas es el "pelado", el hombre de la calle y del campo, la segunda clase de la sociedad, la oscura, la anónima: a esto se debe que el actor cómico popular por excelencia, es "Cantinflas, del barrio de Peralvillo (en París se diría: "La Zona"), simbolizando a Panurgo y Charlot en un solo hombre. Tiene la agudeza fina de Adémái (el verdadero) y es el quien caracterizó la versión mexicana de "Adémái Aviator".

Los mexicanos se divierten con su propia fraseología espontáneamente; todos sus cómicos saben aprovechar los efectos burlescos del acento cadencioso de México, de la extraordinaria poesía pura de los nombres y vocablos aztecas incorporados al lenguaje popular.

El más célebre característico mexicano, "Tin-Tan", posee, como "Cantinflas", una prodigiosa virtuosidad expresiva.

El chiste mexicano es primo carnal del chascarrillo francés, quizás un poco más crudo, probablemente menos refinado, pero tiene todo el desenfado provocativo. Basta con fijarse en la parte trasera de los camiones para enterarse de las expresiones más incisivas. En efecto, todos los choferes de camiones de carga tienen costumbre de pinterlas a sus vehículos frases graciosas, para diversión de los que van detrás; ésta, por ejemplo: "¡Dios es mi copiloto!", corriendo a toda velocidad, por las cumbres de Aculzingo. Vi también en una carcacha de la Comisión de Caminos, otra en que se le proponía a una encantadora pasajera de un Chrysler que la seguía desde hacía horas, esto: "¡Si no vas a gusto, vente conmigo!"

Un camión, cargado de legumbres que corría y saltaba por un camino en la zona desértica del norte, con la mayor seriedad daba en otra frase su opinión respecto a la controversia religiosa que en esos días agitaba la opinión pública de la capital: "¡Sí, Dios existe!"

El sentido humorístico de la prensa no es menos accesible. Después de la guerra mundial, México tuvo un gran semanario humorístico: *Don Timorato*, que se sostuvo durante cinco años y después se acabó por asfixia financiera y, con franqueza confieso, rara vez me hizo reír.

Prefiero, como los niños mexicanos, el gusto apasionado por los monitos, me refiero a los suplementos a colores, traducidos de la prensa americana; probablemente ésta es la única importación cultural americana que sea popular en México. Todos se divierten con las aventuras de Trucutí, el hombre prehistórico de Tapón, el campesino bueno para nada de Ozarks y con Pedro Harapos, el compañero ingenioso. Además de esto, los grandes diarios tienen cronistas humorísticos de talento, pero nos es difícil comprender sus alusiones enigmáticas y la amargura un tanto cruel con que a veces expresan su sentido del humor. Como muy acertada, referimos esta recomendación a los enfermos de Carlos León:

"Es necesario, naturalmente, dar siempre la preferencia a los productos nacionales: pero ¿por qué tomarse la molestia de importar de los Estados Unidos la parálisis infantil, cuando aquí tenemos enfermedades muy nuestras que valen tanto o más que las extranjeras?"

ROBERT ESCAROT, ex Director del Instituto Francés de América Latina (México), en *Monde*, París.

## ABBOTT LABORATORIES DE MEXICO, S. A.

Teléfonos:

24-63-93

24-65-34

24-65-44

35-63-47

32-02-10

Avenida Coyoacán, 1622

MEXICO, D. F.